

Nispereros. Santiago Gil

lunes, 20 de abril de 2009

Modificado el lunes, 20 de abril de 2009

PSICOGRAFÍA•AS

â€œLos nispereros ya no son saqueados por los ni±osâ€•

Nispereros

Santiago Gil

Hace unos dÃ­as escribÃ­a sobre el protagonismo de las palmeras en cualquier fotograma que recuerde nuestro paisaje mÃ¡s cercano y reconocible. Pero no sÃ³lo es la palmera la que se cuelga en los horizontes que se vienen con nosotros cuando estamos lejos, o cuando hace mucho tiempo que no regresamos a casa. TambiÃ©n estÃ¡n los dragos, los pinos, las araucarias o las higueras.

PSICOGRAFÍA•AS

â€œLos nispereros ya no son saqueados por los ni±osâ€•

Nispereros

Santiago Gil

Hace unos dÃ­as escribÃ­a sobre el protagonismo de las palmeras en cualquier fotograma que recuerde nuestro paisaje mÃ¡s cercano y reconocible. Pero no sÃ³lo es la palmera la que se cuelga en los horizontes que se vienen con nosotros cuando estamos lejos, o cuando hace mucho tiempo que no regresamos a casa. TambiÃ©n estÃ¡n los dragos, los pinos, las araucarias o las higueras. Y aquellos laureles de indias de todas las plazas en las que aprendimos a volar sobre una bicicleta o a dar patadas a las chapas, a las pelotas o a cualquier piedra que se tropezara con unos zapatos que sÃ³lo sabÃ­an correr en busca de aventuras. Pero creo que el Ã¡rbol que mejor conserva el sabor de la infancia es el nisperero. Cada cual puede optar por el suyo. Todos tenemos un nisperero por el que trepÃ¡bamos en busca de la rama mÃ¡s alta y del nÃ¡spero mÃ¡s alejado de nuestros dedos liliputienses. CompartÃ­amos con los pÃ¡jaros la inmensidad del cielo azul que quedaba lejos, mÃ¡s allÃ¡ de la fruta y de los deseos. Durante varias semanas al aÃ±o sÃ³lo concebÃ­amos la vida en las alturas. No sÃ© cuÃ¡ndo decidimos quedarnos para siempre en el suelo. Ahora que podrÃ­amos subir mÃ¡s alto, ni siquiera estiramos la mano para ver si es verdad que los sueÃ±os se cogen siempre al vuelo.

La infancia tenÃ­a sus ciclos y sus leyes no escritas en ninguna parte. SÃ³lo el colegio era capaz de separarnos de la bendita anarquÃ­a de los barrancos y de aquellas aventuras improvisadas que nos llevaban de los carros de cojinetes a las hogueras antes de que nos perdiÃ©ramos siguiendo el rastro de una cometa de papel cebolla que improvisÃ¡bamos al final de la tarde. Era otra infancia y otra calle. Casi no habÃ­a coches que pararan los partidos de fÃºtbol de quince contra quince en los que cada gol nos volvÃ­a a eternos y grandiosos, y en donde no hacÃ­an falta ni Ã¡rbitros ni jueces para poner orden en el juego. Entonces los niÃ±os de pueblo y de ciudad nos diferenciÃ¡bamos poco. CoincidÃ­amos en un solo canal televisivo, pero jamÃ¡s cambiÃ¡bamos la tele por la improvisaciÃ³n festiva de la calle. Por eso los niÃ±os de hoy se aburren tanto: han perdido la calle y toda aquella enseÃ±anza diaria de la vida que uno encontraba compartiendo juegos. Apenas conocÃ­amos la virtualidad, y puestos a elegir, preferÃ­amos siempre el sabor de los nÃ¡speros al mÃ¡s sofisticado juguete tecnolÃ³gico.

Pero los nispereros ya no son saqueados por los niÃ±os. Van pasando las semanas de marzo y abril y uno ve cÃ³mo los nÃ¡speros se pudren en los Ã¡rboles sin que aparezca nadie a darse un festÃ­n. El nÃ¡spero es una fruta para los furtivos y los aventureros, pero presiento que los niÃ±os de este siglo veintiuno estÃ¡n confundiendo la aventura con la videoconsola. Y sin saberlo, estÃ¡n dejando de saborear su propia infancia: el almÃ¡bar del que luego se alimentan los recuerdos.

CICLOTIMIAS

Provengo del mundo del periodismo; por tanto tengo muy presente que todo es efÃ©mero, incluso lo que queda escrito.

santiagogil@santiagogil.com

MI BLOG: www.santiagogil.com

PUBLICADO EN CANARIAS7